

a su autor a obtener beneméritos nombramientos, apreciadas condecoraciones, premios, títulos y honores.

Un título tan amplio abarca consideraciones relativas a los primeros pobladores de aquellos territorios así como a los contactos iniciales con los descubrimientos del ciclo colombino, primeros mapas e incipiente información geográfica táctil, epidémica, también de las primeras penetraciones continentales, el reconocimiento del tras país. Enseguida se aborda la acción geográfico-descubridora de los misioneros que protagonizaron las cuencas del Orinoco y Amazonas hasta la llegada de Humboldt para estudiar asimismo la acción del establecimiento de límites.

El tema fronterizo es una constante en la Historia de Venezuela; el reconocimiento y la conformación del territorio, su plasmación cartográfica y las disputas fronterizas se encuentran tratados a caballo de la Geografía física con notas importantes sobre Geografía económica. Asimismo, el atractivo y no suficientemente atendido tema de los “viajeros”.

Finalmente el libro atiende a la profesionalización de la Geografía en Venezuela, las aportaciones de profesores e investigadores y la difusión de sus trabajos en las Revistas nacionales y extranjeras. Especial mención merecen los Pablo y Marco Aurelio Vila, Luis Fernando Chaves Vargas y Orlando Luis Venturini.

Estamos seguros que así como la *América Andina* de Cunill es conocida por todos los geógrafos españoles y por no pocos historiadores, la *Historia de la Geografía de Venezuela, siglos XV-XX* será leída por todos los historiadores americanistas y también por los geógrafos.

Mariano CUESTA DOMINGO
Universidad Complutense de Madrid

ZAMORA RODRÍGUEZ, Augusto: *Ensayo sobre el Subdesarrollo. Latinoamérica, 200 años después*. Tres Cantos. 2008. FOCA Ediciones. 332 pp.

Augusto Zamora, actual Embajador de Nicaragua en España, conoce muy bien nuestro país, al que llegó muy joven para realizar sus estudios universitarios, y en el que ha residido durante largos años, ejerciendo como profesor en el Departamento de Derecho Internacional de la Universidad Autónoma de Madrid. Conoce muy bien asimismo, por supuesto, a su patria, Nicaragua, en cuyo servicio en los más diversos foros internacionales ha empleado lo mejor de sus energías y de su rica formación como jurista y político. Trabajó para su país, defendiendo derechos históricos y presentes con particular acierto, ante el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya. Y, con todo ello, no señalamos sino una parte de las mil actividades que el embajador Zamora viene llevando a cabo desde que comenzó su formación académica en las universidades españolas.

Leit motiv de toda esta labor es su compromiso con los derechos humanos, la libertad y la defensa de Latinoamérica. Dejando aparte las personales opciones ideo-

lógicas, puedo decir que, desde que conocí a Augusto Zamora en el Madrid de los años setenta, no he dejado de admirar la solidez de sus compromisos, la estabilidad de su pensamiento y la honradez de su conducta. Cercanos en la atención, en el estudio y la valoración de los problemas, he leído con cuidado su libro, uno más en la serie de los que ha dedicado a la temática que tanto le preocupó siempre, la libertad y la grandeza de la América latina.

La obra se abre con unas “Palabras liminares” (págs. 7-10) y está integrada por una abundante serie de hasta treinta capítulos (11-311), cerrándola un “Colofón” (313-321), una “Bibliografía básica” (323-326) y un “Índice de nombres” (327-330).

Preceden a todo el volumen tres citas, de Rubén Darío, José Hernández y Silvio Rodríguez, que anuncian ya el propósito y el carácter de la obra, la unidad de Latinoamérica en la común empresa de su desarrollo: “Únanse, brillen, secúndense tantos vigos dispersos” (“Salutación del optimista”); “Los hermanos sean unidos...” (“Martín Fierro”); “Compañeros de historia...” (“Playa Girón”).

Este programa se reitera en las “Palabras liminares”, que se abren con una decidida defensa de España frente a la leyenda negra, defensa no meramente literaria sino avalada por la contundencia de los datos históricos. Y de ahí se pasa a señalar cómo la deformación sistemática de la historia de España ha sido seguida por la deformación de la historia latinoamericana, escrita por inspiración foránea a base de constantes falsedades de los hechos reales. A despertar la memoria de los pueblos españoles de aquel lado del Atlántico tiende el propósito de este libro.

A partir de ahí, y a través de capítulos necesariamente breves dado su elevado número, el autor va ocupándose de exponer la problemática latinoamericana, denunciando cuánto a su juicio debe señalarse como una vía o una manifestación de opresión, de subdesarrollo y de ausencia de libertad. Arranca, en el capítulo I, de la independencia de las varias naciones iberoamericanas, con atención a las posibilidades de desarrollo que se les ofrecían, señalando el interesante dato de cómo unas tierras que fueron durante mucho tiempo atractivas para el emigrante, que encontraba allí medios nuevos de vida y de riqueza, se han convertido con el tiempo en emisoras de emigrantes: “nada ilustra mejor el fracaso de los Estados latinoamericanos que contemplar la riada de gente que, desde hace décadas, los abandona”; “dos siglos después de su independencia, la región se halla en el furgón de cola de la economía., el comercio y el desarrollo científico-técnico mundiales, sobre todo de este último, lo que compromete seriamente su futuro y perspectivas”.

La radicación de esta problemática en la América latina desde los inicios de su historia independiente es señalada en el capítulo II, señalándose los problemas originarios nacidos de la división inicial entre las oligarquías comerciantes y terratenientes y las clases menos favorecidas, siervos, gauchos, indígenas, negros, hasta provocarse un clima de inestabilidad, violencia y fragmentación social en muy diferentes países. Un dato al que el autor suma el factor de la ingerencia extranjera, hasta el extremo que se produce una muda aceptación de esa tutela exterior que abarca buena parte de la historia del continente. Una tesis que es continuada en el capítulo III cuando, con el debido apoyo en los datos que cada país nos muestra, se analiza la profunda inestabilidad política que a lo largo del XIX resulta ser una constante de la historia

latinoamericana. “Un factor determinante del futuro de la región -escribe el autor- es que la independencia latinoamericana no es resultado de causas endógenas, por más que los historiadores nativos, sobre todo en el siglo XIX, hayan querido presentar aquel proceso como una gesta nacida de las entrañas de los pueblos ‘oprimidos’ por España. No es que no existieran causas objetivas que habrían llevado en un momento dado -como ocurrirá en Cuba a partir de 1860- a plantear la independencia como parte de un proceso natural de maduración de las sociedades iberoamericanas. Pero a principios del siglo XIX esas causas no existían, entre otras razones porque las colonias españolas vivían un período de prosperidad o resurgimiento a causa, sobre todo, de las reformas internas y extendidas a América durante el reinado de Carlos III y la época del despotismo ilustrado. Estas reformas habían provocado una recuperación notable de España como potencia mundial y contribuido a mejorar la economía y la administración de los vastos dominios que conformaban la Corona española, de América a Filipinas”. Ello conduce en el capítulo IV al análisis de las causas y la realidad de la emigración española y europea a América, ya previamente señalada como un factor determinante en la historia de aquellos países.

Se pasa de aquí, en el capítulo V, a estudiar las causas que dieron lugar a la independencia, una vez apuntada la prosperidad que se vivía en aquel continente en los inicios del siglo XIX, y señalado el profundo sentimiento favorable a España que animaba el espíritu de aquellos pueblos. El autor niega la existencia masiva de sentimientos antiespañoles o independentistas, en cuyo lugar defiende que “el sentimiento que prevalecía era la lealtad a España y de unidad y solidaridad”; “esta afirmación -añade- contradice la mitología oficial que se estudia como historia de la región, donde el periodo colonial de 300 años se presenta y analiza como si la colonia hubiese durado dos días”; “por otra parte, si fuera cierta la fábula que se repite desde la independencia, de que en las colonias existía un potente sentimiento independentista y antiespañol, ¿por qué Miranda, Bolívar o San Martín suplicaban la intervención británica? ¿Por qué invocaban que Europa en su conjunto debía asumir la tarea como propia? Porque sabían que, sin una intervención de la poderosa Albión, su movimiento sería derrotado. ¿Por qué no se aprovecharon las invasiones inglesas de 1806 y 1808 para independizarse, si lo tenían todo en la mano? Porque nadie, salvo un ínfimo grupo de iluminados, pensaba en la independencia”.

Las potencias europeas trataban de abrir aquellos mercados a su comercio; se buscó la debilidad de los nuevos países; no se intentó con suficiente fuerza mantener la unidad de los dominios españoles; “no hay, como en EEUU, ideólogos o grupos concienciados que trabajen pensando en preservar la unidad como base de la fuerza y la prosperidad”. Y, apoyado en esta idea, refiere el autor los diversos movimientos independentistas por países, señalando las peculiaridades que los caracterizan, lo que él denomina “situaciones esperpénticas” en varios casos, y qué papel jugaron en este campo los intereses extranjeros y los de las oligarquías criollas. “Las provincias hispanas de América -se afirma en el siguiente capítulo, el VI- estaban, en 1809, en paz y unidas, defendiéndose como un solo puño de los invasores ingleses. Estaban rotas y en el caos en 1825”. En esta línea, y en el mismo capítulo, se subraya la fidelidad de los dominios británicos a su tierra de origen, lo que supuso un fortísimo apoyo moral,

económico y militar a Inglaterra, base de su grandeza posterior, en contraste con el caso latinoamericano.

“En el campo económico -se indica en el capítulo VII- la independencia tiene efectos devastadores”. Las relaciones comerciales entre las diversas zonas, los productos propios de cada una y el correspondiente intercambio, la ayuda económica de las regiones más ricas a las de nivel inferior, la contribución de unas y otras a la defensa común, fueron factores que el autor analiza en relación con los desastrosos avatares de aquel momento histórico. Lo que -señala el capítulo VIII- convirtió a los nuevos países, sumidos con no escasa frecuencia en guerras civiles y anarquía, en presa fácil de los poderosos intereses de otras potencias, e incluso en varios casos -señaladamente en lo que toca a México- fueron importantes las pérdidas territoriales en beneficio de su potente vecino del norte. El proceso de pérdida territorial es el concreto objeto de atención en este capítulo, incluyéndose además de México el caso del avance del Brasil sobre los territorios que le son próximos, así como se hace referencia a Belice, la Guayana, Haití y las Malvinas.

La atención del capítulo IX se centra sobre los efectos de todos los antedichos fenómenos sobre los pueblos indígenas. Particular atención se presta a los diversos actos de genocidio llevados a cabo en Argentina, Uruguay, Chile, etc., en orden a guerras de “exterminio contra los indígenas para conquistar sus territorios”. Se parte de la legislación española de los siglos XVI a XVIII para la protección de los indios, de las doctrinas de la Escuela de Salamanca, hasta afirmar que “España creó un primer sistema universal de derechos humanos, mínimos e incumplidos de mil formas (¿cuándo se han cumplido cabalmente los derechos humanos?), pero un sistema legal de protección de los pueblos indígenas que no tiene parangón en el mundo de los imperios coloniales”. Y a través de la comparación del sistema español con el seguido por las demás potencias coloniales en las Edades Moderna y Contemporánea, se avanza a través de los años subrayando la legislación que en el XIX minusvaloró al indígena en los Estados Unidos, y cómo se ha perdido en Latinoamérica aquel respeto a los derechos humanos de la época española y, de resultas, el papel que todo ello juega en los actuales movimientos indigenistas que afloran en aquellos territorios.

El capítulo X se destina a presentar la situación económica de España en el XIX, al par que en el XI se describen la situación de las demás naciones y sus posibilidades de actuar como motor de la atención económica a los nuevos países independientes; y, en relación con ello, el juego de los grandes movimientos económicos del XIX y el nuevo imperialismo que de los mismos se derivará en beneficio de las que van a ser las grandes potencias de la nueva era.

Da todo ello lugar al proceso de neocolonización que sufre Latinoamérica, apuntado en el capítulo XII. A partir de aquí, el autor entra en el capítulo XIII en el tema del capitalismo, como “forma de ver y entender el mundo que implica cambiar la estructura económica y social de una sociedad”, y el papel -tanto en sus aspectos favorables cuanto en los desfavorables- que le tocó jugar en la historia de las nuevas naciones latinoamericanas. Y, dentro de este cuadro, dedica Zamora una especial atención a su patria, Nicaragua, y a las catástrofes sociales y económicas que de resultas se siguieron allí durante el siglo XX. Los posibles efectos benéficos del

sistema, presentes en las llamadas naciones desarrolladas, y señalados en el capítulo XIV, no aparecen en Latinoamérica, que de hecho en los inicios “no llegó a conocer el capitalismo y, menos, a entender su espíritu”.

Un término de comparación se incluye al efecto con Europa a lo largo del capítulo XV. A partir de la idea de que “la suma de un Estado fuerte con una economía fuerte más un sentimiento fuerte de patria hizo posible el Estado moderno”, se expone la realidad europea, con un ampliación del panorama a otras tierras como el Japón de un lado y los EEUU de otro; los datos aportados señalan los resultados obtenibles a partir del desarrollo industrial, económico, social y político, y marcan el contraste con lo conseguido en buena parte de Latinoamérica. Y en el capítulo XVI se continúa con el análisis del fenómeno del capitalismo, con atención especial a cuanto se refiere a algunos concretos aspectos del mismo: los procesos industriales y el progreso de las vías de comunicación. Y detalladamente se muestra el grado de realidad que en este campo se ha llegado a alcanzar en Latinoamérica -con mención concreta de Argentina, México, Venezuela, Nicaragua- hasta la hora presente.

El capítulo XVII lleva su atención a la tierra, a la que se considera “el valor de medida de la riqueza” en las sociedades precapitalistas. La existencia de latifundios en todo el territorio latinoamericano, su fuerte poder de resistencia y supervivencia, la ausencia de reformas agrarias, han dado lugar a una inmovilidad -o movilidad mínima- en la estructura del reparto de la tierra; el autor se detiene aquí en explicar el fenómeno y sus negativas consecuencias, con abundancia de datos concretos al respecto. Y, en este esfuerzo por ir mostrando al lector el panorama económico, y de resultados el social y el político, de la región estudiada, tras el análisis de la industrialización y el desarrollo de las comunicaciones así como de la situación agraria, se pasa en el capítulo XVIII al tema de los biocombustibles -los combustibles obtenidos a partir de materias primas de origen agropecuario, agroindustrial o desechos orgánicos-, otro de los grandes puntos sobre los que hoy pivota la economía mundial y que poseen “un lugar central en la discusión sobre el futuro energético del planeta”. “Ello se ha debido, esencialmente, a dos causas: por una parte, al cambio climático, que tiene en los combustibles fósiles uno de los mayores factores contaminantes; por otra, al encarecimiento del precio del petróleo ... castigando duramente la economía mundial y, sobre todos las economías de los países más pobres no productores de hidrocarburos”. A partir de ello se analizan las posiciones discrepantes en este terreno entre los EEUU y determinados países productores de petróleo -Rusia, Irán, Venezuela., otras zonas del planeta-, lo que ha llevado al incremento de la producción de biocombustibles, tema que se estudia en especial en aquellas de sus repercusiones de carácter negativo que afectan a la zona objeto de estudio en esta obra.

La atención del capítulo XIX se centra en “el tratamiento dado a los recursos naturales en algunos países”, como “referencia de los niveles de anclaje de las clases oligárquicas en estructuras precapitalistas”. En Latinoamérica, se señala, “gobernada por oligarquías atrincheradas en el precapitalismo, no existía otra idea de aprovechar sus recursos naturales que entregarlos a empresas extranjeras, sin pensar nunca en crear centros de investigación para aprovechar esos recursos para desarrollar sus paí-

ses”; y, con el paso del tiempo, esta política se ha perpetuado “en los mismos reflejos de subordinación al poder extranjero”.

En el capitalismo, tal como se desarrolló a partir de sus orígenes, se detiene en el capítulo XX la atención del autor, observando cómo, en los inicios del actual nuevo milenio, “sería ingenuo y disparatado pensar que los problemas de Latinoamérica serán resueltos aplicando, siglo y medio después, el capitalismo del que hablaron Marx y Weber”. Se trata ya de un capitalismo de vieja escuela, que, cuando se ha querido aplicar como un remedio tardío, ha llevado a diversos Estados a una situación de economía devastada. No se ha procurado un progreso técnico -señala el capítulo XXI-, ni el estudio de las disciplinas científicas, y mientras Latinoamérica ha conocido un importante desarrollo, con prestigio mundial, a nivel de la literatura y la creación artística, ha persistido una visión obsoleta de la economía y el desarrollo social. Todo ello ha conducido a un empobrecimiento intelectual, una fuga de cerebros, una emigración de amplios sectores profesionales, una consecuente serie de crisis internas, y un atraso en la economía agraria e industrial. Este capítulo XXI, uno de los más extensos del volumen, detalla en fin, y en consecuencia de todo lo anterior, la situación de colonialismo y neocolonialismo en que la región estudiada ha tenido que desenvolverse hasta el presente.

El capítulo XXII pasa a centrarse -en directa conexión con lo indicado en el capítulo anterior- en el desarrollo de los estudios universitarios y su situación histórica y presente. Con expresa atención a algunos centros universitarios de especial relieve, dedica su atención el autor a la época española, a las grandes universidades fundadas por España y a su grandeza en el pasado, a las actividades científicas que allá se desarrollaron -tales tales como las grandes expediciones de exploración, de Mutis a Humbolt y Malaspina-; marca asimismo el contraste que en tantos casos se da hoy entre aquel florecimiento del saber y la situación posterior. Se trata también de un capítulo extenso, que muestra el contraste entre la América del Norte, el continente europeo, y la América latina, en este terreno. Y, esta línea, se destina el capítulo XXIII a la situación en Cuba y Puerto Rico, en tanto que fueron los últimos países en romper sus vínculos históricos con España.

Una atención especial dedica el capítulo XXIV al “fracaso del modelo económico y social impuesto en los Estados latinoamericanos desde la independencia”. Un buen ejemplo al respecto es la Argentina, situada a principios del siglo XX entre los países más ricos del mundo, destinada entonces, en opinión general, a convertirse en la gran potencia económica del sur del continente, y llevada luego a la nefasta situación a que a lo largo del siglo XX se ha visto abocada. En esta línea se ocupa el autor también de los casos del Brasil o de México. Pasan por su pluma los diversos intentos de desarrollar, emancipar, dar fuerza a las economías nacionales, que en estos lugares van teniendo lugar, y al por qué de su frecuente inutilidad: “los escasos procesos iniciados en un número reducido de países, dirigidos a romper el modelo de dependencia, han encontrado, una y otra vez, la resistencia combinada de los intereses foráneos y las clases dominantes tradicionales”. El curso de estos logros y fracasos es objeto de explicación en estas páginas.

A las consecuencias en Latinoamérica de la política neoliberal de Inglaterra y los Estados Unidos, en la era Thatcher y Reagan, se destina el capítulo XXV. La ofensiva contra el Estado propia del neoliberalismo se tradujo lamentablemente en Latinoamérica, dada la pésima gestión con que se enfocó la nueva política, en una profunda conmoción social y económica, “pues la privatizaciones provocan un colapso de los Estados y un empobrecimiento masivo”. El autor trae a colación muy variados ejemplos de las repercusiones de toda esta política económica en la situación de diferentes países europeos y de los Estados Unidos, para encuadrar en un marco más amplio el caso concreto de la zona que es objeto de su estudio; y analiza en consecuencia el por qué se han seguido resultados en tantos casos contradictorios. Así, se indica en el capítulo XXVI que “la descapitalización que sufren los países y la subordinación de sus sectores clave a los *diktats* de las empresas extranjeras han llegado a provocar un colapso general de las economías y las sociedades, causando uno de los mayores desastres humanos de la historia regional, que las cifras macroeconómicas -por más que sean agitadas como prueba de éxito- no pueden ocultar. Hablamos del fenómeno migratorio ... convertido hoy en el mayor fenómeno económico, político y social que afecta a Latinoamérica”; “la emigración ha significado una descapitalización humana incalculable”.

Examina el autor en el capítulo XXVII los esfuerzos de algunos países latinoamericanos por adoptar medidas dirigidas a poner fin o a paliar en lo posible los niveles de dependencia hacia las potencias extranjeras. Y considera que existen al respecto enormes lagunas “incluso en gobiernos progresistas y de izquierda, sobre cómo construir sus respectivos países”. “El núcleo central de estos problemas sigue girando, hoy como ayer, en torno a la inversión extranjera. Es imposible negar que los países latinoamericanos, unos más que otros, necesitan perentoriamente esa inversión. No obstante, tan cierto como esa necesidad es el hecho de que las inversiones extranjeras son de geometría variable, es decir, que pueden ser administradas y moduladas según los intereses del país. No tiene que existir, necesariamente, una contradicción *in limine* entre construcción de Estados nacionales y una segunda descolonización con la inversión extranjera”. En este tema se centran estas páginas, con detalladas referencias a varios casos concretos. El caso de Chile, “presentado hoy como el país con más éxito de Latinoamérica, y ejemplo a seguir por todos los demás”, centra la atención del capítulo XXVIII. Se toman al efecto en consideración diversos ejemplos de naciones de todo el mundo, que sirvan como términos del análisis, para valorar estas posibilidades y su realidad efectiva.

Y no deja de atenderse entre esta serie de temas -como era de rigor- al descontento popular que toda la situación hasta aquí descrita ha de provocar de modo necesario. A ello se destina el capítulo XXIX. “Las convulsiones populares y sociales marcarán de forma indeleble la década de los 90... Pobreza, desempleo, desigualdad y desnacionalización de las economías son sus resultados”. El autor señala a este propósito la sucesiva caída de Presidentes elegidos por voto democrático, e incapaces de afrontar el descontento popular y el fracaso de la economía., a cuyos efectos apunta y detalla varios ejemplos en todo el continente. “La suma de estos factores permitió una situación no prevista por los estrategas de la democratización de Latinoamérica: la

reorganización y resurgimiento de las fuerzas de izquierdas, tan duramente golpeadas en los años de las dictaduras militares”. En esta línea, se señala que “una de las consecuencias más notables de los movimientos sociales y políticos que han sacudido Latinoamérica ha sido el derrumbe, en muchos países, de los partidos políticos tradicionales, que incluso han llegado a desaparecer”. Y se añade: “tales sacudidas se ha traducido en la asunción de poder por fuerzas de izquierda y centro izquierda en casi toda Suramérica (Venezuela, Brasil, Uruguay, Bolivia, Chile, Argentina, Ecuador y en abril de 2008, de forma insólita, en Paraguay) ... A este hecho debe sumarse el ascenso de la izquierda en Perú”. Como es lógico, no se apunta a Cuba entre estos ejemplos, en cuanto que referidos a casos recientes, y se presta en cambio una más particular atención a Nicaragua, lógico centro del interés del autor siendo la nación que le es por supuesto más conocida y querida.

No podía faltar, y a ello se dedica el capítulo XXX, una referencia al hecho de que “en una región tan extensa y diversa los procesos no ocurren simultáneamente ni se desarrollan de igual manera. Más aún. Ni siquiera son fenómenos que involucren a todas las zonas de un Estado. Muchos de los procesos políticos en curso ponen en evidencia las fracturas internas que sufren los países, su carácter de sociedades duales, la hondura de la división entre las clases oligárquicas y los pueblos, incluso la división entre regiones geográficas, étnicas y culturales, que se traducen en expresiones políticas de distintos signos”. En apoyo de esta afirmación se aducen diversos ejemplos concretos relativos a México, Perú, Bolivia, y se conduce a la idea de que nos encontramos ante una hora crucial en el futuro del continente latinoamericano. Para concluir, en lógica conformidad con el pensamiento político del autor, que “de la capacidad de la izquierda para aprovechar este momento único depende en gran medida el futuro de Latinoamérica”.

Y, como cierre de este capítulo, último del volumen, una idea que no es sino el resultado de una visión panorámica de la situación mundial: “para luchar por un mundo menos injusto se requiere construir sociedades menos injustas, de economías distributivas y participativas, que sirvan de ejemplo en este planeta dividido entre una minoría de países tecnificados y opulentos y una mayoría atrasada y pobre”.

Como ya se indicó al iniciar esta reseña, cierra el libro un “Colofón”, que analiza la referida situación mundial a tenor de cuanto se nos muestra en la hora presente. Frente al mundo unipolar que muchos esperaban que habría de suceder al precedente bipolarismo, asistimos ahora “al surgimiento y consolidación de un mundo multipolar”; el poder de los EEUU experimenta un decrecer visible en diversos terrenos, mientras otras potencias, singularmente China, aparecen como potencias emergentes. Son hechos que no dejan de repercutir en Latinoamérica. Hay ya quien señala al Brasil, Rusia, la India y China como las naciones llamadas a compartir con los EEUU el liderazgo mundial; otras hipótesis son igualmente posibles. Y en tal contexto, en sus relaciones con estas potencias y en sus relaciones internas, Latinoamérica atraviesa ahora un período de paz interior -con la triste excepción de Colombia- que puede favorecer notablemente su próximo futuro. En este contexto, analiza el autor el caso colombiano, en la medida en que puede dañar a sí mismo y al conjunto. Y, situado siempre en la lógica de su pensamiento, afirma que “no es posible asegurar que los procesos de cambio abiertos por el ascenso vertiginoso y casi general de la izquierda en Latinoamérica no puedan ser cortados por un reflujo conservador, que dé

al traste con todo lo conseguido. La única garantía posible es gobernar de la mejor manera posible, entendiendo que construir un país es estructurar el país, y estructurarlo se parece mucho al diseño de un edificio. Cuanto mejor sea la planificación, más sólido resultará lo construido, de forma que, aunque mañana haya un reflujo conservador, puedan los países resistirlo hasta que vuelvan sobre sus pasos las fuerzas de la izquierda, para continuar su labor de constructoras de países”.

Como queda patente, el volumen camina desde un inicial planteamiento histórico hasta una proyección de la historia en el futuro. El autor sabe que nada del presente puede comprenderse sin la visión histórica; sabe también que la historia ha de ser un cauce para el desarrollo de los pueblos. En esta sólida base, histórica y política, apoya su análisis personal -a tenor de sus propias ideas- del fenómeno del subdesarrollo latinoamericano, sus causas, sus consecuencias y sus posibles soluciones. Y es de alabar, la objetividad y el juicio positivo con que a lo largo de todo el texto se presenta la secular obra española en aquel continente.

Alberto DE LA HERA

CHIARAMONTE José Carlos - MARICHAL, Carlos – GRANADOS, Aimer (comps.): *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*. Buenos Aires. 2008. Editorial Sudamericana. 378 pp.

El libro que nos convoca en esta reseña trata de los procesos políticos y culturales que contribuyeron a crear la identidad de las naciones latinoamericanas. Una identidad que debía dejar satisfechos a propios y extraños y que comenzaba, entre otras cosas, por la adopción de un nombre. Así mismo, junto al evidente interés histórico del contenido que por sí solo justificaría el libro, también se señala en la introducción que el texto se inscribe dentro de la fructífera gama de publicaciones y actividades con las cuales América Latina conmemora el bicentenario de sus guerras de independencia.

Este trabajo ofrece una descripción valiosa de la construcción del entramado institucional y administrativo de los países latinoamericanos, mediante la confluencia forzada o artificial de una serie de símbolos que se pretendieron comunes entre los paisanos y distintivos para con el resto del mundo. Tal y como se manifiesta con claridad en la introducción, el libro busca ilustrar los procesos históricos y las confrontaciones ideológicas que culminaron con la adopción de los nombres que identifican a las naciones latinoamericanas, en algo que “complementa notablemente el entendimiento del proceso de construcción de los nuevos Estados, especialmente en ámbitos tan importantes como la adopción de un determinado régimen político, delimitación de fronteras, construcción de identidades nacionales y creación del mito de la nación”.

Los 17 artículos que componen esta obra son resultado de la reflexión de José Carlos Chiaramonte sobre el tema, de los cursos dictados sobre él mismo por Carlos Marichal en El Colegio de México y de un coloquio impulsado por Aimer Granados y cristalizado gracias a la organización y financiamiento de la Universidad Autónoma